

IDENTIDAD DEL RELIGIOSO E INSERCIÓN EN LOS PUEBLOS

(Cristocentrismo e Inculcación)

por D. GIL, S.J. (Montevideo)

Pido también a los jóvenes jesuitas con cualidades para ello que se muestren disponibles y se sometan de buen grado a esa lenta preparación que sólo fructifica a largo plazo, prontos a abrazar una vida de paciencia y, sobre todo, de fe. Que los responsables de la formación los apoyen y acompañen en ese esfuerzo.

Y por último, a todos aquellos que ya hace años apostaron su vida a este apostolado y en él la consumen investigando, enseñando, o en cualquiera otra forma de presencia entre los intelectuales, les pido que vuelvan los ojos a las fuentes de su compromiso; que descubran cada vez las motivaciones de entonces, si fuese necesario, y que logren ese estilo nuevo de apostolado intelectual que quiere la Congregación General 32. Y si las incomprendiones les hubiesen sumido en la amargura⁴³, busquen en el Señor fuerza para superarla, animados por el aliento apostólico de la última Congregación General. Renovándose así, a partir de la propia vocación, su abnegada vida, encauzada ya en la línea sin posibilidad de retorno, adquirirá nueva fecundidad. Será un valioso ejemplo y el aliento que necesitan los jóvenes para embarcarse en una vida cuya austeridad no se les oculta. Pero el mejor ejemplo será siempre el de una fraterna unión con los demás jesuitas que se ocupan en otros apostolados y se mueven en medios diferentes.

Doy la última mano a esta carta en el momento en que el mundo entero se dispone a celebrar la Navidad. Que el Verbo de Dios nacido entre los hombres sea la verdadera luz que ilumina nuestro trabajo, la Sabiduría que guía nuestra palabra, la presencia que habita en nuestro corazón.

Nuestros escritos teológicos discurren siempre al interior de un diagnóstico programático del tiempo y la sociedad para la cual escribimos. Este escrito se basa en el diagnóstico de Pablo VI sobre la fricción y ruptura entre culturas actuales y fe cristiana (*Evangelii nuntiandi* n. 20). Ese drama es vivido con argumentos históricamente muy singulares en América Latina, y nuestros episcopados nos lo han descrito y nos han orientado, a Dios gracias, en la III Conferencia que recientemente se reunió en Puebla. Los ejes estructurales del documento final son *historia, pueblo y cultura*; y gran parte de la conflictividad está polarizada contra el *secularismo*.

En este ambiente nos preguntamos por el fundamento eclesial cristocéntrico de nuestra misión de religiosos en la evangelización presente y futura de los pueblos de América Latina. Vamos a recordar entonces: (I) que el destinatario de la evangelización es el hombre en su totalidad personal y social, totalidad que históricamente aparece como *pueblo*. La tarea evangelizadora es prolongación de la misión del Hijo encarnado; por eso debemos proclamar sus caracteres *filiales*, sí, pero siempre impresos en nuestra *carne* humana. (II) Por otra parte esos caracteres filiales admiten diversos modos de participación, y los *religiosos* re-editamos, no todos los aspectos, sino la *figura extrema* de la existencia humana de Jesús. (III) Finalmente veremos qué problemas nos plantea hoy el dinamismo de la doble *fidelidad* al escándalo escatológico de Cristo y a la entraña auténtica de nuestros pueblos.

I—Trinidad y pueblo: alianza en Cristo

El Padre quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; quiere realizarlo llevándonos a El no individualmente, sino formando un Pueblo reunido en la unidad trinitaria. Para llevarnos a El como Padre es necesario que seamos hechos hijos en el Hijo; y para que formemos un Pueblo unido en comunión con el Padre y el Hijo es necesario que el Espíritu nos reúna en un "nosotros" muy especial.

La Iglesia toma pues origen en la voluntad del Padre y es realizada por el Espíritu incorporándonos al Hijo encarnado, para participar en la comunión intratrinitaria: ahora en la historia, en la fe, esperanza y caridad; después en la gloria de la visión eterna.

⁴³ N. de la D.: hay dificultades que son señal de que el Señor no quiere que sigamos por ese camino (como las que experimentó San Pablo con los judíos de su tiempo, cfr. Hch. 13,45. 50; 14,2.5.19, etc.); y otras dificultades, en cambio, el Señor las permite para luego ayudarnos a vencerlas (como el mismo S. Pablo ante las dificultades que le presentaban los gentiles pues en ese momento "el Señor le dijo durante la noche en una visión: No temas, sigue hablando y no calles, porque yo estoy contigo...". Hch. 18,9-10). La "amargura", nacida de las "incomprendiones" de los demás, no es, en general, señal de que hay que cambiar, sino por el contrario dificultad que hay que superar (cfr. Ejercicios Espirituales 315: "en las personas que van ... de bien en mejor subiendo, es ... propio del mal espíritu poner impedimentos con falsas razones, para que no pase adelante..." en lo que está haciendo).

1. *Un Pueblo de Dios en los muchos pueblos de la Tierra*

Las Personas Divinas realizan nuestra salvación convirtiéndonos en su Pueblo formado de todos los pueblos de la Tierra. El Padre se formó un Pueblo en el Antiguo Testamento, hasta desembocar en María, resumen de Israel, y en José, que resume igualmente a Israel. De María, por obra del Espíritu Santo y no de la carne ni de la sangre, va a nacer el Hijo de Dios en nuestra naturaleza mortal; y por la misma voluntad divina va a ser dado como hijo a José¹.

En Jesús se sintetiza todo el pueblo de Israel. En Jesús culmina y es sobrepasado Israel según la carne, y comienza el verdadero Israel según el Espíritu. De Jesús brotará ya no un pueblo en medio o junto a otros pueblos, sino un Pueblo encarnado dentro de otros pueblos distintos de él. Por el poder del Espíritu estamos llamados a ser Pueblo de Dios sin dejar de ser el pueblo que somos según la carne.

El Hijo eterno de Dios se hizo hombre en María. La obra del Espíritu Santo fue entonces la de dar una naturaleza humana al Hijo. Pero Jesús es cabeza de un Pueblo que siguiéndolo está seguro de desembocar en el rostro del Padre; y este Pueblo está formado no sólo de individuos sino también de pueblos. Los individuos al hacerse cristianos no dejan de ser miembros de su familia y de su pueblo; más aún: el envío misionero del Señor es a evangelizar a todos los pueblos. Hay que evangelizar al hombre en toda su dimensión: no sólo singular, persona, sino también enraizado en su familia, y en su pueblo.

La obra del Espíritu, pues, es hacer en María la encarnación del Hijo eterno como cabeza de un Pueblo de linaje filial; y en el mismo sentido prolongar la encarnación incorporando a Cristo nuevos pueblos. La evangelización de un pueblo es su transformación en Pueblo de Dios sin dejar de ser el pueblo que es en sus singulares y legítimas características culturales.

En síntesis, las Divinas Personas nos van salvando llevándonos a participar en su comunión eterna: el Padre engendrándonos gratuitamente en su Hijo encarnado, y por eso somos sus hijos; y el Espíritu reuniéndonos en la unidad del Padre y del Hijo, y por eso somos su Pueblo. Pero así como al hacernos sus hijos no dejamos de ser hijos de nuestros padres en la carne, así también al hacernos Pueblo de Dios no dejamos de ser pueblos de la Tierra. Tanto para ser personalmente hijos como para serlo popularmente, es a Cristo a quien miramos, gracias al Espíritu. En este sentido, toda la economía de salvación es cristocéntrica, o filial.

¹ Cuando decimos que José es padre "adoptivo" o "putativo" (pre-sunto) es sólo para indicar que no es padre de Jesús según la carne. Pero si consideramos entonces que no es padre de Jesús de ninguna manera verdadera y real, caemos en el vacío de nuestra incredulidad. José en efecto es padre de Jesús *por expresa voluntad del Padre!* Es el único que ha estado así en el lugar del Padre. Considerar que esta paternidad por singular llamado del Padre es menos real o verdadera que la paternidad carnal es sólo un escepticismo de nuestra incredulidad.

Pero ¿cómo crece el Pueblo de Dios en los pueblos de la Tierra? y ¿qué significado tiene la vida religiosa en ese crecimiento? Vamos a tratar algunos puntos que ayuden a responder preguntas tan difíciles. Lo haremos mostrando, a continuación, que el crecimiento del Pueblo en los pueblos se efectúa a medida que crece la evangelización de la cultura de esos pueblos; y al final veremos cómo los religiosos somos llamados a activar esa inculturación.

2. *Evangelización: gradual identificación con distinción*

La vida divina va penetrando en el hombre gradualmente. *En un individuo*: la Palabra llega primero a cierta noticia, luego se sentirá atraído, puede llegar incluso a ser simpatizante y finalmente catecúmeno; la consagración bautismal marca un límite, pero no es el fin, ya que el bautizado sigue creciendo según etapas que los autores de espiritualidad reparten de diversa manera. La gracia divina pues va permeando su entera realidad del sujeto, pero no avanza con la misma velocidad en su inteligencia que en su sexualidad, en su conciencia moral que en sus costumbres gastronómicas, en sus relaciones de parentesco que en sus actitudes frente a Dios, etc.

De modo semejante *en los pueblos evangelizados*: la gracia comienza llegando desde afuera, haciéndose presente en un enviado, en un inmigrante, un misionero, un navegante, un colonizador, un náufrago, etc. aún extraño tal vez a la lengua y la cultura de ese pueblo; penetra progresivamente, según avanza el número y calidad de los convertidos; el Pueblo de Dios crece de misión extranjera a iglesia local. La asimilación de la fe cristiana en los moldes culturales propios del pueblo es larga, con tropiezos por exceso o por defecto, alterada por la historia de ese pueblo. Al final se dan frutos logrados y hablamos de "liturgia siria", "Padres griegos", "espiritualidad española" etc. porque el Pueblo de Dios ha adquirido allí una especial configuración, y a su vez esos pueblos han logrado una peculiar grandeza en su condición de cristianos.

Tanto en las personas singulares, pues, como en los pueblos, hay grados de asimilación del evangelio; grados que hablan de la asimilación que el Espíritu y el sujeto y el pueblo hacen respecto a Cristo; y simultáneamente, en la misma medida, nos hablan de la inculturación que el evangelio y el Pueblo de Dios logran en ese sujeto y ese pueblo.

3. *La estridencia escatológica no es obstáculo a la encarnación*

Una segunda consideración: la cercanía, o aproximación del Creador a la creatura no la aplasta ni la hace desaparecer, no la aniquila ni la hace perder consistencia y autonomía, sino todo lo contrario. Cuando el Creador se acerca a su creatura, ésta aumenta y crece en su propia firmeza; así como cuando el hijo de Dios se hizo hombre, no desmereció a la naturaleza humana, sino que apareció entonces el hombre perfecto, el más denso, autónomo y real de todos los que vivimos en naturaleza humana. La autonomía y realidad del hombre, pues, no

está en proporción inversa a su dependencia de Dios, sino en relación directa: cuanto más un hombre o un pueblo se alejen de Dios, se escondan o independicen de él, menos hombres y menos pueblo serán; mientras que cuanto más acepten y busquen la cercanía y la dependencia, el sometimiento y la afirmación de la soberanía divina, obedeciendo libremente al Creador, tanto más aumentará la verdad, la vida, la existencia real y permanente de tales hombres.

Repitémoslo aún, porque suele ser necesario oírlo más de una vez: Dios no es el enemigo del hombre, ni una sanguijuela que le chupe su independencia y su dignidad. Dios es nuestro Dios, es decir, el que está a nuestro lado y de nuestra parte, para hacernos existir, sacarnos de la tiniebla, de la mentira, de la culpa, de la falta de amor, del desgarramiento del mal por el mal, de las garras de los demonios etc. Dios es la fiesta y la felicidad del hombre. Es nuestra comunión, es la liberación de nuestra libertad; es el más íntimo en nosotros, y fuera de El nunca llegaremos a descansar en nuestra propia verdad. Por eso nunca deberíamos temer que la diferencia que hay entre el Creador (y su Santo) y nosotros (y nuestro pecado) pueda alienarnos, es decir, echarnos a perder. ¡Todo lo contrario!

De modo semejante debemos encarar las diferencias que hace surgir en nuestra humanidad concreta la santidad del Hijo encarnado, respecto a los modos en que habitualmente cada sujeto y cada pueblo viven las dimensiones de la empecatada naturaleza humana. Tanto en lo somático como en lo político, lo sexual, lo financiero etc., las actitudes de Jesús son evidentemente *diferentes* de las acostumbradas grandezas y miserias que al respecto nos presentan los pueblos. Pero no hay que temer que la incorporación a esa diversidad pueda hacer perder autenticidad a una persona o a un pueblo. Es un temor procedente de la antigua calumnia diabólica contra Dios, presentándonoslo como un enemigo nuestro, que no quiere nuestro bien.

El cristianismo, lejos de disminuir en nada a la persona ni al pueblo, es la verdadera forma del crecimiento y de la liberación, tanto personal como popular. Sin embargo, el temor de lo contrario puede obrar, no sólo en el evangelizado sino también en el evangelizador, adoptando formas de timidez apostólica. En los religiosos puede obrar como bloqueo ante la propia identidad, la percepción de cuya diferencia inhibe peligrosamente en tales casos. Se teme entonces que la diferencia se convierta en obstáculo para evangelizar; se sospecha que la distancia y diversidad entre la vida común de la sociedad y la vida religiosa haga que ésta aparezca ininteligible².

² De este temor brotarán formas, no ya de evangelización, sino de adaptación y mimetización al ambiente, pensando obviar así el obstáculo de la propia diferencia, y presumiendo de llegar más fácilmente a una inculturación o encarnación. En realidad es más probable que se esté abdicando de evangelizar. No se trata, por cierto, de que el religioso pretenda hacer caminar a todos por su propio camino, pero sí de demostrar abiertamente la dirección en que toda la Iglesia camina.

4. *La estridencia escatológica es la verdad última de la encarnación*

La encarnación del hijo de Dios no debe entenderse sólo como hacerse hombre, ni menos aún como hacerse hombre pecador, sino como hacerse el Hijo hombre sin dejar de ser Dios. Resulta así no un hombre pecador sino una humanidad resistente al pecado, inocente, y por ello mismo capaz de cargar con todo el pecado de todos los hombres; una humanidad perfectamente filial: el nuevo Adán, totalmente participable y comunicable.

Esa santidad de Jesús glorificado para nosotros es nuestra buena noticia. Tanto personal como familiar y colectivamente participamos gradualmente de esa santidad, según nuestra condición histórica. Las diferencias entre esas formas santas de ser hombres y nuestras nativas deformaciones, pueden parecer obstáculo legítimo a la evangelización, pero no lo son.

Esa santidad culminante de Jesús no ocurre "a pesar" de ser el Hijo de Dios, sino precisamente por ello. De modo similar el religioso que se encarna en el pueblo resulta levadura y sal, no a pesar de no haber dejado de ser religioso, sino precisamente por ello (estar en el mundo sin ser del mundo). La diferencia, a menudo escandalosa, entre la vida religiosa y la vida de ese pueblo, no es un anticipo de la deformación a que va a ser sometido ese pueblo si recibe la vida religiosa sino una prefiguración de su más hermosa configuración. En esa diferencia el pueblo no se hará extraño a sí mismo, sino que alcanzará su más profunda identidad³.

II — El misterio participable de Cristo

Nos preguntábamos cómo crece la vida de Dios en nosotros, personas y pueblos. Comenzamos a respondernos que crece gradualmente, eliminando la deformidad y afirmando la legítima diversidad (entre creatura y Creador, y de las creaturas entre sí). Veamos ahora más de cerca qué es lo que crece.

El cristianismo no es sólo una doctrina o una organización etc., si bien es también eso y mucho más; pero sobre todo es participar en el misterio de Cristo. El Espíritu ha hecho de Jesús el nuevo Adán, el

³ Hablamos en el supuesto de una inculturación razonablemente bien hecha, dentro de los límites de la humana imperfección. Es cierto que la vida religiosa lleva consigo elementos que son en realidad más propios de la cultura del pueblo donde nació la Congregación, que no de la auténtica entraña del carisma del Instituto. Es cierto, en consecuencia, que cuando esa Congregación llega a un pueblo de diversa cultura, cae a menudo en cierto colonialismo cultural, imponiendo no sólo el "carisma fundacional" sino también usos y costumbres particulares de la inculturación de tal carisma en su pueblo de origen. Son condicionamientos inevitables, pero previsibles, discernibles y corregibles en la medida de nuestra fidelidad al Espíritu. Todavía veremos esto en la última parte del artículo.

modelo para engendrar de él el nuevo Pueblo. El Espíritu toma de lo de Jesús y nos lo da a conocer, nos lo da a participar. En Jesús se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, toda la pluriforme variedad de los hombres llamados hacia el Padre. Jesús es modelo y canon para el sacerdote y para el laico, para el ermitaño y para la religiosa de vida activa; y dentro de cada "categoría" aún hay un modo personal intransferible, singular, de participación o incorporación. El Espíritu no se repite, Se recrea en conformarnos a Cristo no solo individualmente sino formando de nosotros familias, parroquias, diócesis, congregaciones, espiritualidades, etc. que manifiestan la fecundidad de la unidad católica.

1. La tridimensionalidad participable de la humanidad de Jesús

Consideramos el misterio de Cristo desde la perspectiva de la vida religiosa, ya que el Espíritu nos ha incorporado a El como religiosos. Detengámonos en particular en tres dimensiones básicas de la existencia humana, comunes a Cristo y a nosotros por tanto, y que nos recuerdan nuestros tres votos: la dimensión laboral, económica; la dimensión sexual, afectiva; y la dimensión social, política. Hay otras que dejamos ahora de lado, como los aspectos deportivos, lúdicos, artísticos, etc. de nuestra existencia. Escogemos aquellas tres, dándoles sentido amplio, porque en ellas se nos da el misterio participable de la pobreza, la castidad y la obediencia del Señor.

¿Cómo ha vivido Cristo esas dimensiones? ¿Qué acontece en la tridimensionalidad humana cuando es el mismo Hijo eterno de Dios quien despliega su finalidad en ellas?

Imaginemos una bandera de tres franjas, plegada junto al mástil; llega el viento y la despliega, mostrándose majestuosa y llenando el aire con el mensaje de la patria querida. Algo así ocurre con esa tridimensionalidad de la existencia humana de Jesús, que el Espíritu despliega y hace ondear, irradiándose así la presencia inconfundiblemente única del Hijo eterno de Dios, mostrando y revelando simultáneamente a Dios y al hombre. En su naturaleza humana el Hijo ha desplegado perfectamente, bajo el impulso del Espíritu, todas sus características filiales. El Hijo ha podido ser Hijo en las tres dimensiones de su naturaleza humana. La carne humana del Señor es como la gramática que ha servido al Verbo para conjugarse con el Padre entre nosotros, para nosotros, con nosotros. Es cierto que Jesús es hombre porque participa de nuestra naturaleza, y más cierto aún es que nosotros somos verdaderamente hombres en la medida en que participamos de su naturaleza humana perfectamente filializada.

2. Diversidad inconfusa en los modos de participación

El Señor ha vivido su condición económico-laboral, sexual-afectiva y socio-política de tal manera que puede ser participado por todo hombre auténticamente tal. Un matrimonio santo participa del misterio de la santidad sexual-afectiva de Cristo, pero no menos participa de

ese misterio un célibe santo. Eso sí: el modo matrimonial y el modo carismático celibatario de tal participación, son distintos.

Dejaremos de lado otros aspectos y nos fijaremos ahora en el particular *ángulo de inserción de los religiosos* en esa triple dimensión del misterio de Cristo; por eso dibujaremos sólo la perspectiva del misterio de Cristo para los religiosos. Téngase esto en cuenta, en todo lo que en adelante se dirá, para no extrapolar el sentido del texto. Si este artículo estuviera dirigido a laicos que siguen a Cristo a través del ejercicio activo de su genitalidad en el matrimonio, en el desarrollo afectivo en la familia, ejerciendo su capacidad de trabajo en empresas seculares, administrando sus bienes económicos, y buscando el poder político etc., habría que mostrar el mismo misterio de Cristo desde otro ángulo de inserción.

La santidad no está en que el ángulo sea éste o aquél, sino en que la inserción sea profunda, creciente y definitiva. El cristocentrismo de los religiosos, con todo, tiene su matiz: somos llamados a ser sacramentos de la radicalidad escatológica que Jesús imprimió a su vida. Veamos a continuación, entonces, la forma que la *confianza extrema* del Hijo en el Padre imprimió en la triple dimensión de su humanidad, tal como aparece de imitable y participable por los religiosos (en especial nos referimos a los de vida activa).

3. Pobres con Jesús pobre

Cuando el Hijo de Dios vivió su filialidad entre nosotros según su naturaleza humana, la dimensión económica-laboral apareció como *pobreza*. Ganarse el pan con el trabajo, primero; vivir de la limosna predicando el reino, después. En una y otra forma de vida, dependiendo del Padre, con José primero, y sin él después.

El séptimo mandamiento nos obliga a *trabajar*, a poner todas nuestras capacidades al servicio de lo que Dios ha dispuesto para cada uno en beneficio de todos. Nos obliga a usar de los bienes en la misma dirección del bien común. Pecamos contra el mandamiento cuando no trabajamos, o trabajamos de más, o en otra cosa que no nos toca; o cuando disponemos de los bienes y servicios sin referencia a nuestra vocación, etc.

Jesús entregó sus energías, en la vida pública, a la predicación del Reino. Para ello dejó su oficio y las entradas provenientes de su trabajo; y llamó discípulos, dejando sus oficios, y las entradas correspondientes, para vivir de las limosnas y ayudas de la Providencia, correspondientes a su vida de plena entrega a la predicación y la enseñanza del Reino. Renuncia pues radical a toda ambigüedad procedente del trabajo como forma de creación del hombre por el hombre; demostración patente de que la vida no procede últimamente del cuidado del hombre sino de Dios, que nadie puede agregar un codo a su estatura, que nadie es un *self made man*, porque el único Creador es el Padre. Muestra que los bienes son para la vida común, y ésta para el Reino.

“Vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme”. Jesús llamó a vivir con él de limosnas (Lc 8, 3 etc.). Se producía así un desclasamiento, y el grupo pasaba a tener su corazón en el Reino, ya que allí había puesto su tesoro. Quienes buscaban mejorar posición en este mundo difícilmente podían entrar así en el Reino. El grupo de discípulos libremente desvinculados de los mecanismos obligatorios de la adquisición de riquezas, con el fin de trabajar con Jesús, se remiten incondicionalmente al cuidado del Padre. Obligan así a quienes se encuentran con ellos, o bien a ayudarlos con sus bienes (convirtiéndose en instrumentos del Padre), o bien a desligarse de ellos (manifestándose así el bloqueo a la trascendencia, por apego al dinero).

Los religiosos somos llamados a vivir la condición económico-laboral de nuestra existencia de tal manera que participemos de la forma como Cristo mismo la vivió: “no se puede servir a Dios y al dinero”, “tengo que trabajar en las obras del que me ha enviado” etc. Al morir, Jesús no dejó un patrimonio disputable, fuera de su túnica...

Cada Congregación religiosa participa análogamente de la pobreza de Cristo, común a todas. Todos los religiosos proclamamos que el verdadero nombre de la liberación en lo económico-laboral es la pobreza de Cristo. Pero unos viven más en el testimonio de participar de la situación de los más pobres de la tierra, otros muestran una dedicación total al Reino y a los intereses de Cristo dejando al Padre que provea a su subsistencia y sus obras, otros dependen más de la comunidad, otros se solidarizan con los miserables prestándoles ayuda económica no signada por finalidad de lucro, etc.

4. *Castos con Jesús casto*

En la dimensión sexual-afectiva de Jesús, ¿qué resonancias encontramos ejemplares para nuestra vida religiosa?

La sexualidad humana estaba originalmente llamada a promover la semejanza divina. *Por el pecado*, sin embargo, quedó curvada hacia el encierro en la propia complacencia, hacia la instrumentación del otro al servicio del placer egoísta, etc. La mujer se convirtió en mercancía del mercado erótico, desfigurada como pareja y como madre. El varón ve encaminarse su virilidad hacia el donjuanismo o hacia la soltería, sometido a la violencia de su concupiscencia, y tendiente a desresponsabilizarse de su mujer y de su prole. A menudo, entonces, aparece la sexualidad y la afectividad, más como obstáculo que como mediación para acercarnos santamente al Creador y a los demás.

En Jesús, la sexualidad queda derechamente encaminada al Reino: “quienes se hicieron a sí mismos eunuocos por amor al Reino”, y por él “dejaron esposa” etc. Jesús, en efecto, eligió para sí el celibato, y llamó a sus apóstoles a participar de ese misterio. Los afectos, amistades, enemistades, alegrías, tristezas, exultaciones gozosas, angustias llenas de tedio etc., quedan, en el Jesús de la vida pública, derechamente incorporados a la vida de predicación del Reino, al tramo final de la

carrera que hizo para pasar de este mundo al Padre. Con ese motivo elige amigos, con ese motivo le aparecen enemigos; por el Reino goza y por el Reino sufre. Sexualidad y afectividad quedan integradas en ese impulso al Padre y al prójimo.

Ese solo y mismo impulso, en efecto, que mueve a Cristo desde su Corazón, lo hará pasar la víspera de su Pasión hasta el rostro del Padre y hasta el corazón de sus seguidores, a través de su pascua eucarística. En ese impulso su cuerpo queda entregado, su sangre derramada. Su sexualidad no apunta a proseguir la historia en el seno de una mujer. Su afectividad no apunta a nidificar en torno a su familia. Virilidad genital y afectiva enteramente dirigida a la fidelidad y fecundidad del Reino. Otra vida hay que pagar, otra vida que no sale de la carne sino que viene del Padre. Otros hijos hay que engendrar. Por otra Esposa hay que luchar y morir. Por una vida que la muerte no trague definitivamente. Una vida libre de culpa, libre del demonio, libre del mundo. La genitalidad varonil de Jesús, su personalidad viril, está en cuerpo y alma volcada al servicio de esa vida que debe transmitir, cuidar y hacer culminar⁴.

5. *Obedientes con Jesús obediente*

¿Y cómo resonó, en la dimensión socio-política de la humanidad del Señor, su filiación divina, según es imitable por los religiosos?

El hombre había sido creado para llenar la tierra y dominarla. Su libertad tendía hacia el bien común, relacionándose ordenadamente con la Libertad divina y con los demás seres libres. El poder servía a la libertad, y la libertad a la comunión.

Por el pecado la libertad del hombre quedó afectada, en lo social, a buscar el propio bien individual o grupal o popular por encima del bien común general; a preferir desordenadamente el propio capricho a costa de eliminar la libertad real de otros; a servirse de la sociedad; a instrumentar el poder para la autoafirmación en detrimento de la concordia común, etc. Todo ello como consecuencia de haber desviado su libertad, y en vez de realizarla culminantemente sometiéndola a la Libertad divina (conjugándose así con Dios!), haber pretendido realizarla en contra de la voluntad de Dios. La relación hombre-mujer quedó ahí alterada, la economía también, y el hermano mató al hermano. Sexo, trabajo, política: todo el hombre bajo la esclavitud del pecado.

En Jesús, nuestra libertad humana tiende siempre hacia la Libertad del Padre: “no he venido a hacer mi voluntad sino la tuya”. En eso consiste ser libre: en hacer siempre la voluntad del Padre. Jesús proclama su obediencia también a la legítima voluntad de las autoridades.

⁴ Jesús es un misterio participable por varones y mujeres. Todos, religiosos y religiosas, debemos proclamar que el nombre de la liberación en lo sexual-afectivo es la castidad. Pero es indudable que Jesús nos ofrece inmediatamente un modelo varonil. La religiosa habrá de traducirlo, concordándose con esa traducción perfectamente fiel que es María Santísima, en cuanto modelo para consagradas (ya que lo es también para todos).

des políticas y religiosas. "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". No podríamos decir que obedecemos a Dios, a quien no vemos, si no obedecemos a la válida autoridad del prójimo a quien vemos. "Haced lo que ellos os digan, pero no hagáis como ellos hacen".

Jesús realiza su libertad en su medio social como la de un servidor de Dios. Entre los grandes de este mundo, la vida social consiste en trepar la pirámide del poder y hacerse servir. Jesús en cambio rechazó el camino de los grandes: rechazó el poder político porque no le era ofrecido por el Padre sino por el demonio. Recibirá más tarde, sí, todo el poder sobre todo el Universo, y nada ni nadie en la historia escapará a su soberanía todopoderosa. Pero esa soberanía le llegará como transformación gloriosa de su impotencia vergonzosa. El que resucita es un muerto; el Rey de reyes es un ajusticiado ignominiosamente. Entre los discípulos del Señor, el que preside sea como el que sirve. Nuestra libertad no aparece en Jesús luchando por afirmarse en la autonomía del que dice "¡primero yo!", sino totalmente entregada a la dependencia de la obediencia del que dice "buscad primero el Reino".

Jesús es, en lo social y lo político, en cuanto modelo participable por los religiosos, el Servidor obediente al Padre, que libremente se entrega a los poderosos para ser sacrificado, y mostrar que *sólo así* se supera el círculo infernal del odio homicida. O amamos a nuestros enemigos hasta perdonarlos y morir por ellos, o no hay reconciliación, ni ahora ni por los siglos de los siglos. Tal la figura escandalosamente extrema de la libertad de Jesús en lo socio-político: obediencia a Dios y a los hombres ⁵.

III— Misión de los religiosos en la inculturación

Insertados pues en Cristo como religiosos, participamos y hacemos presentes hoy aquí esos extremos que la incondicional confianza de Jesús al Padre imprimió a la vida humana; el Espíritu los hace presentes en nosotros, y por nosotros penetran gradualmente en nuestros pueblos. Nos queda por ver cómo se hace el crecimiento del evangelio en el pueblo, y qué misión tenemos en ello los religiosos. No nos referimos a la obra apostólica que hacen los religiosos en parroquias,

⁵ Volvamos a recordar lo que ya advertimos antes: estamos hablando para *religiosos*, tratando de mostrar los aspectos participables de Cristo según nuestro modo propio. Todo esto adquiriría otra figura si se tratara de laicos según su específica vocación laical respecto al mundo. No se pierda nunca esto de vista, porque si el ángulo de inserción con que nuestra fe se adentra en Cristo no es el adecuado a nuestra vocación, nos puede ocurrir como a la astronave que intentando re-entrar en la Tierra no da con el ángulo debido de inserción en nuestra atmósfera: o bien se destroza contra ella, si entra demasiado de lleno, o bien rebota y no entra, si el ángulo es muy abierto.

hospitales, escuelas, etc., sino a la irradiación que tienen en cuanto que es hecha por religiosos. Ahora bien: la evangelización de un pueblo se hace fundamentalmente en su cultura. Esto requiere explicación.

Cuando *una persona* comienza a vivir en Cristo, toda su realidad empieza a transformarse, en todas sus dimensiones, y a crecer hacia su madurez. Algo semejante ocurre con *los pueblos* que reciben la evangelización: se van transformando, como ya dijimos, de países de misión en pueblos cristianos. El medio, o la mediación, de esa transformación es la presencia más y más decisiva del Pueblo de Dios en el seno de esos pueblos. Y la presencia de la Iglesia es decisiva en la medida en que la cultura de esos pueblos queda impregnada y transformada por las inspiraciones del evangelio de Cristo, que el Espíritu no cesa de producir.

1. Del corazón de la persona al corazón de la cultura

El Espíritu que Cristo ha derramado sobre nosotros nos moja en el misterio de Cristo; como quien moja un pedazo de pan en el vino, y renovando nuestro corazón a semejanza del de Jesús, nos capacita para hacer una historia santa, orientada hacia el Padre. De ese núcleo o corazón renovado por la gracia, surge la vida cristiana en su triple dimensionalidad. En la medida de la fuerza de cada uno, en la medida de la socialización de las formas de vida que los cristianos van produciendo, en la medida en que el Padre ha dispuesto las horas de manifestación y de ocultamiento, la historia santa que mana del corazón de los cristianos va impregnando la cultura de los pueblos a que pertenecen. Cuando un pueblo ha asimilado en su cultura los modos de vivir de los cristianos, podemos hablar de un pueblo cristiano, de una cultura cristiana. Así por ejemplo nuestros pueblos latinoamericanos tienen en general un núcleo cultural cristiano, a pesar de todas las deficiencias que, con entera verdad, podrían también señalarse.

2. Del grupo al pueblo

Pablo VI, retomando las directivas del Vaticano II (*Gaudium et Spes*, nn. 53-62), nos ha encauzado hacia la evangelización de las culturas, pues ahí es que se plantea hoy, como en otras épocas, el drama del hombre (*Evangelii Nuntiandi* n. 20). La hora del énfasis casi exclusivo en el individuo y el grupo ha pasado, y los movimientos elitistas están convocados a una audaz maduración: ponerse al servicio del pueblo y de la cultura. Para las elites eclesiales eso significa, en términos generales, aceptar una pastoral eminentemente popular, no en el sentido de asistencialismo a clases desposeídas, sino en el sentido de tomar al pueblo entero como unidad o comunidad evangelizada, evangelizadora y a evangelizar.

En esta evangelización de la cultura de nuestros pueblos, ¿cuál es la misión de los religiosos? y ¿en qué sentido es cristocéntrica?

3. *El conflicto de las culturas*

La Iglesia debe integrar su propia tradición en la cultura de cada uno de nuestros pueblos latinoamericanos, produciéndose así un mutuo enriquecimiento: el Pueblo de Dios podrá expresar su mensaje de un modo nuevo, y los pueblos latinoamericanos podrán encauzar su cultura por caminos rectos y realmente liberadores. Esta síntesis, que está en marcha desde hace varios siglos en nuestro continente, pasa actualmente por momentos difíciles, debidos en gran parte a las fuertes deformaciones que nos produce el imperialismo *cultural*. Otros "modelos culturales" se ofrecen (¿y se imponen coactivamente?) a nuestros pueblos, que interfieren con la asimilación del cristianismo, y más bien tienden a expulsar la fe, produciendo sociedades secularizadas y materialistas. En otras palabras, es éste un momento muy lleno de conflictos, vividos simultáneamente al interior de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia. ¿Por qué decimos *simultáneamente*? Porque cuando se produce un avance secularista en nuestro país, reduciendo algún aspecto de su vida a un planteo de sociedad racionalmente organizada con fines materiales exclusivamente pragmáticos y evaluados desde el interés de las empresas, no del pueblo, experimentamos una disminución que nos afecta como ciudadanos y como católicos, ya que al mismo tiempo se nos evapora la Patria y la Iglesia ⁶.

Pues bien: así como Pablo VI ha diagnosticado, siguiendo el Vaticano II, que el momento actual de la Iglesia en la humanidad es un momento de anti-cristianización de las culturas, y que, por lo tanto, el esfuerzo de la Iglesia entera ha de ir encaminado a evangelizar las culturas; así también los obispos en América Latina recogen el diagnóstico y lo verifican entre nosotros: efectivamente hay un intenso proceso de descristianización compulsiva, coercitiva, atentatoria contra la dignidad de nuestros pueblos y contra nuestra fe católica. Esa tormenta de secularización pública obligatoria golpea por igual lo económico (lucro, consumismo, etc.), lo sexual (violencia erótica, divorcio, aborto, etc.) y lo político (nuevas castas, violación de derechos, etc.), produciendo actitudes, por mimetización o por reacción, que deforman el corazón cristiano, convirtiéndolo en fatalista o en terrorista. Ahora bien: desde ese corazón deformado ¿qué historia fluirá en el futuro? Una historia inspirada en el materialismo fatalista o terrorista, pero en todo caso menos nacional y menos cristiana.

⁶ Otro ejemplo nos puede mostrar esta mutua implicancia de culminación de nuestros pueblos y el Pueblo de Dios en ellos. Cuando el sistema educativo de nuestra nación deja de ser un servicio para la conservación y aumento de la tradición espiritual del pueblo, promoviéndolo en el diálogo con los mejores aportes de otras culturas, y se convierte en una especie de anexo de las escuelas de formación profesional para tales o cuales empresas, garantizándoles funcionarios y empleados sin resistencias morales fundadas en el respeto patriótico del interés nacional, entonces presenciamos un aspecto del imperialismo secularista, de profundos alcances. En tal caso disminuimos como pueblo y como Pueblo, pues simultáneamente se nos roba la Patria y la Fe.

¿Quiénes pueden desear semejante cosa? No por cierto los patriotas, que aman a su pueblo, ni los cristianos; en cuanto a la tarea de los religiosos en esta coyuntura, ya podemos vislumbrar qué es y será *simultáneamente* promotora de la cultura popular nacional y del crecimiento de la fe católica en ella.

Los religiosos estamos llamados a evangelizar por el testimonio de una vida informada en Cristo (no en el modelo secularista anticristiano) y por una proclamación explícita del evangelio, en la diversidad de obras propias de nuestras Congregaciones de vida apostólica.

4. *Reeditar la humanidad de Cristo*

En nuestra forma y estilo de vida, cada uno según el carisma congregacional correspondiente, nos encontramos con un doble frente: reeditar la triple dimensionalidad de la humanidad de Cristo, por una parte, y hacerlo según los moldes culturales de nuestro pueblo, por otra parte.

a. *El impulso*

El arraigo en la humanidad de Jesús es exigencia irrenunciable, y el compromiso mayor para los religiosos. Si todo cristiano es sacramento de Cristo, el religioso pretende ser más expresivamente un cristiano a gritos, un cristiano a todo volumen, un cristiano estridente, un cristiano explícitamente dirigido a hacer recordar a Cristo; y hacerlo recordar en sus actitudes más radicales, más escatológicas, menos mimetizables con las costumbres de este mundo: pobreza, castidad, obediencia. Cada religioso, cada Congregación, lucha por ser fiel; por dejar que el Espíritu, una y otra vez, los moje en el misterio de la sangre de Cristo.

b. *El conflicto*

Cuando el Señor deja de estar en el centro del corazón del religioso, cuando preocupaciones ideológicas (pongamos por caso) se llevan la mejor parte de la vida, y la figura de la humanidad concreta de Jesús queda escondida en un brumoso pasado, el deterioro, para tal religioso, es incompensable por cualquier otro valor. Toda doctrina que difumine la figura de Jesús, o que nos persuada que es incognoscible para nosotros, o que pertenece a un pasado que no debemos tomar como modelo, etc., es una doctrina que pone veneno mortal en la raíz misma del árbol religioso. Nuestra vida religiosa es un *test* de las amenazas contra la Iglesia. Cuando un gas venenoso comienza a derramarse en la atmósfera de la Iglesia, son por lo general los religiosos los primeros en dar síntomas de intoxicación. Con la ayuda de Dios pueden ser también de los primeros en elaborar las advertencias y precauciones para evitar el envenenamiento.

c. *La síntesis*

La liturgia, por el contrario, y las espiritualidades verdaderamente católicas, nos conducen constantemente hacia el misterio de la humanidad irradiante del Señor. La fe, que no nos ha sido dada para elaborar teorías teológicas sino para comer y beber la realidad del misterio divino, nos abre camino y nos introduce en la realidad humana del Señor, y nos incorpora a El, con obras a su imagen y semejanza. O sea: el Espíritu toma lo del Señor y nos lo reparte, según la voluntad del Padre. Al vivir y obrar así los religiosos aseguramos y proclamamos que el corazón del Pueblo de Dios está arraigado en Jesucristo; y se hace más visible en nosotros que todo su cuerpo crece hacia el Padre. La *diferencia* de la vida humana vivida en pobreza, castidad y obediencia provoca una tensión saludable, un desnivel dinamizador, y aún un tropiezo de advertencia para los cristianos distraídos.

5. *Sintetizar nueva cultura cristiana en nuestros pueblos*

Re-editar, sí, la manera como Cristo vivió filialmente en la triple dimensión de su humanidad, pero hacerlo con la modalidad culturalmente propia de nuestro pueblo. Nadie pondrá en duda que muchos rasgos de la cultura de los pueblos europeos en la Edad Media fueron emergiendo de los monasterios benedictinos; así como, entre nosotros, la realidad cultural que se iba forjando en las Reducciones Guaraníes procedía en gran parte de la matriz franciscana e ignaciana.

a. *El impulso*

Los religiosos, en efecto, buscando en común formas de manutención, de fraternidad y de gobierno, son como un modelo, en pequeño, de la convivencia humana; y a menudo encuentran mecanismos de producción, de conservación, de educación, de corrección, de seguridad incluso, que pasan con el tiempo a formar parte del modo de proceder de los pueblos donde están insertados, dado que, en el crisol de los grupos religiosos (monasterios, Provincias, etc.) se ha producido una inculturación auténtica.

b. *El conflicto adentro*

Puede ocurrir, sin embargo, que aún dentro de la misma Congregación, se sufran reflejos del imperialismo cultural de que hemos hablado.

Así por ejemplo, en sociedades desarrolladas con capitalismo de consumo, a menudo se ha reestructurado la pobreza religiosa identificándola con un "nivel de vida" propio de los trabajadores industriales, con determinados índices de consumo. La mentalidad capitalista, que acentúa el valor del capital y del consumo, se refleja en esas "teologías de la pobreza", que hacen consistir el corazón de la pobreza en la mag-

nitud de las propiedades (no tener edificios grandes) y sobre todo, en el nivel de consumo; y valorizan el trabajo de los miembros como "personal", para una Congregación concebida (inconscientemente) como una empresa, con su *staff* de ejecutivos, sus organigramas, cronogramas, proyectos, capacitación de mandos, medios, etc. En tales planteos, la confianza en la Providencia aparece como irracional; la falta de financiación previa aparece como señal de inepticia; la negativa a entrar en un ritmo agobiante de actividad, aparece como "indolencia criolla"; y la pobreza efectiva, como un mal que hay que desterrar, ¡como un pecado!

No toda reforma de la Regla y las Constituciones originales es para nosotros un paso adelante; ya que a veces nuestra cultura latinoamericana está más cerca del texto original del Fundador o la Fundadora (aunque generalmente europeos) que de la adaptación de los mismos textos a la situación del Mercado Común Europeo⁷. Son tensiones a resolver, dentro de cada Congregación, y que en cierta manera son paradigmáticas de lo que ocurre, a gran escala, de continente a continente.

Las cosas no son sencillas, por cierto, pero es conveniente tomar conciencia de la legitimidad de cierto pluralismo cultural, al interior de la necesaria unidad de carisma en cada Congregación, sabiendo bien que el mismo Espíritu que da el único carisma fundacional produce también la diversidad cultural en la Congregación.

c. *Conflicto-síntesis*

Las escaramuzas intra-congregacionales, si se procesan bien, servirán a los religiosos para promover una sana inculturación en el pueblo en que están viviendo. Si por una parte debemos arraigarnos en el misterio de Cristo, en el tono mayor en que hemos sido llamados a hacerlo, por otra parte tendemos a encarnar ese misterio en la entraña de la cultura del pueblo, y, para ello, es necesario discernir las formas culturales auténticamente populares. Esto implica cierta defensa de la tradición nacional, contra el ataque corrosivo de formas deteriorantes; así lo hacen nuestros Obispos Latinoamericanos en sus enérgicas denuncias. Implica también la selección de las formas culturales más aptas para expresar el misterio de Cristo en sus dimensiones concretas (sexuales, económicas, políticas), y según su desmesurada dilatación escatológica (castidad, pobreza, obediencia).

Este discenimiento promueve formas que hacen culminar la cultura de ese pueblo. Porque el cristianismo no aliena, sino que perfeccio-

⁷ Como a menudo ocurre que la situación actual de nuestros pueblos está más cercana a la situación original de los Fundadores, la reforma de adaptación de los textos originales a la situación desarrollada del capitalismo europeo, si bien es una conveniente inculturación en esos países, es simultáneamente un desarraigo inconveniente para la vida religiosa en nuestros pueblos latinoamericanos.

na la singularidad de cada pueblo. De modo que Fra Angélico, o Santa Teresa, revelan el genio propio de su pueblo, y lo templan en armónicos perennes, que permanecen como mojones para reconocer la autenticidad de los caminos actuales de sus respectivos pueblos.

IV — Conclusión

En resumen: que nuestra vida religiosa, reeditando la humanidad de Cristo en sus límites más definidos estira nuestra vida hacia el Padre y entra así en conflicto con el secularismo que envenena la atmósfera del cristianismo; superándolo, ¡por misericordia de Dios!, produce anticuerpos contra el inmanentismo ateo, y da modelos de actitudes teológicas bien definidas. Por otra parte, prosiguiendo el movimiento de la encarnación *hacia los pueblos*, como el Señor nos mandó, nuestra vida religiosa entra en conflicto con las deformaciones masificantes unidimensionales, que el imperialismo cultural imprime a nuestros pueblos, y mediante la debida inculturación, nuestras comunidades religiosas, por docilidad al Espíritu, seleccionan y promueven formas culturales auténticamente populares y cristianas.

Como el Hijo eterno, mirando siempre al Padre, la más perfecta filialidad en todas las dimensiones de su existencia humana, así también los religiosos en América Latina estamos llamados a realizar las figuras más agudas de la filiación divina en las dimensiones más entrañables de nuestros pueblos. Este impulso evangelizador es por lo tanto totalmente cristocéntrico porque prolonga la misma actitud del Señor, y en esa medida es dócil al Espíritu para hacer crecer el Cuerpo de Cristo hacia el rostro del Padre. Esto venimos haciendo desde hace casi cinco siglos. Que la bendición de la Santísima Trinidad nos permita seguir adelante, tras las indicaciones de la Iglesia jerárquica.

ALGUNOS PRINCIPIOS PARA LA COMPRESION DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR *

por M. A. MORENO, S. J. (San Miguel)

El propósito de estas reflexiones es mejorar nuestra *comprensión* de lo que solemos llamar el “fenómeno” de la religiosidad popular, recordando aquello de que tener las ideas claras sobre un problema, saberlo explicar correctamente, tiene de por sí un gran valor práctico. Por esta razón vamos a procurar establecer algunos principios que nos permitan explicarnos mejor la consistencia interna de la religiosidad popular. Pero ello con el fin de poder manejarnos mejor. Lo que en último término aquí nos preocupa es qué hacer con aquellas manifestaciones de religiosidad popular que encontramos tanto en nosotros mismos como en los demás.

Tras haber establecido nuestra finalidad, es bueno indicar *cómo enfocaremos* el tema en cuestión. Lo haremos desde un punto de vista preponderantemente *religioso-pastoral* e intentando suministrar *descripciones* más que definiciones. Esto que acabamos de decir significa dos cosas: en *primer lugar* que lo que vamos a decir, sin descartar explicaciones de tipo científico (especialmente históricas, sociológicas y psicológicas) se va a fundamentar preponderantemente sobre *la fe* (sobre la experiencia de la fe). La experiencia de la fe será, al menos implícitamente, el punto de partida y el criterio último de valoración de lo que aquí afirmamos. En *segundo lugar* intentaremos *describir* más que definir, porque la descripción es siempre más abarcativa y sugerente que la definición cuando se trata de realidades que, como la religiosidad popular, son tan complejas y que aún no han sido reflexionadas de un modo exhaustivo. La Pastoral —que en último término es la experiencia de autorrealización de la Iglesia que se despliega implantando el Evangelio— va teniendo en su propio interior una comprensión cada vez más afinada de la religiosidad popular. Y esta intuición cada vez más fina es la que resulta más fácil y adecuado describir que definir.

Realizadas estas precisiones metodológicas sobre la finalidad y el enfoque de estas reflexiones sobre la religiosidad popular, pasemos a introducir brevemente el tema. Hubo un tiempo que en nuestro país se manejó la problemática que se derivaba de la pregunta europea, que

* La presente nota fue, originariamente, una exposición oral tenida por el autor ante un auditorio interesado en el tratamiento pastoral de la religiosidad popular. De allí, algunas expresiones más propias de una exposición y la omisión de citas bibliográficas pormenorizadas. Para suplir esto último, se han agregado al final de la nota, los artículos principales utilizados por el autor.